



Figueredo ⁽¹⁾

Pátria!
. Te amo
Más que á mí, más que á todo en la tierra.

I

El viejo patriota

Rodando sobre la arena,
Sin sospecharlo la mente,
Bajo apariencia serena,
Conduce rápidamente
Sus aguas, Pando, á la mar.
À veces oscura sombra
Cubre su faz amarilla,
À veces le son alfombra
Los árboles de la orilla
Que quieren verlo al pasar.

(1) He oído hablar de este hombre con elogios en mi niñez; cuanto sé de él, es que cayó prisionero de los portugueses, estuvo en las bóvedas, y después en un Pontón en el Janeiro. Queriendo hacer un Romance, lo tomé por motivo. He leído en Tocqueville: "Los poetas que vivan en siglos democráticos no podrán tomar un hombre por asunto de su cuadro, pues un objeto de un tamaño mediocre que se vé distintamente de todos lados no se prestará jamás á lo ideal". Esto hará ver la importancia que le doy.

El Sol, por detrás del monte
 Su luz soberbio ocultaba
 Incendiando el horizonte,
 Bochornosa presagiaba
 La atmósfera, tempestad.
 Espesas nubes corrían
 El firmamento enlutando,
 Los campos se confundían,
 Que iba el suelo nivelando
 La confusa oscuridad.

Corre el potro á la ventura,
 Velóz, como si quisiera
 Buscar un aura más pura,
 Respirar en la carrera
 Un aire que no hay allí.
 Clevan su vuelo las aves
 Á la orilla del arroyo,
 Donde corren auras suaves,
 Donde les ofrece apoyo
 El flexible sarandí.

Todos procuran asilo
 Que el sol camina á su ocaso,
 Indiferente y tranquilo,
 Un ginete paso á paso
 Se dirige á su mansión,
 Cual si llevase la carga
 Á su pesar de la vida,
 Cual si su experiencia amarga,
 No le dejase cabida
 Sinó á la resignación.

Quién sabe qué pensamientos
 Su cabeza cana inclinan,
 Qué recuerdos, qué tormentos,
 Qué sueños no lo fascinan
 Al final de su vivir!
 Quién sabe si no ha tenido
 Aspiraciones de gloria,
 Y bajar mira al olvido
 Con su vida, su memoria,
 Sin poderlo ya impedir!

Voluntad fuerte, pasiones,
 Hubo acaso en ese anciano,
 Y meditó las prisiones
 De la pátria con su mano
 Para siempre destrozár.
 Libertad, nombre vacío
 Para el hombre sin conciencia,
 Quizá en su desvarío,
 Y en su pecho con violencia
 Hace el corazón saltar.

Libertad, sí, siempre ha sido
 Su divisa en la pelea,
 Ya venciendo, ya vencido,
 Libertad la sola idea
 Que ocupó su juventud.
 Hoy del tiempo al peso horrible
 Su vigor antiguo cede,
 Batallar no le es posible,
 Mas llevar sus hijos puede
 Á romper la esclavitud.

Llega al rancho; de su frente
 El sudor seca su esposa,
 Sale un hijo, y diligente,
 Mientras él allí reposa
 Desensilla el alazán.
 Él le dá á besar la mano,
 Contemplándole con pena;
 Porque solo vé el anciano
 En la tierra, una cadena,
 En el cielo... el huracán.

II

La resolución

Contra el pajizo techo
 De su mansión aislada,
 Bramando se desata
 La tempestad velóz;
 Cercado de sus hijos
 Levanta entusiasmada
 Al son de la guitarra
 Su temblorosa voz.

En tanto inmensas moles
 De sólidas mansiones
 Desploma poderoso
 Tal vez el huracán:

En tanto en sus macizos
 Espléndidos salones,
 Temblando los señores
 Imbéciles están.

Al retemblar del trueno,
 Al susurrar del viento,
 Lamenta de la pátria
 La torpe esclavitud:
 De su animado rostro,
 De su inspirado acento,
 El entusiasmo brota
 De ardiente juventud.

La voz de un padre siempre
 Resuena irresistible
 Cuando su imperio halaga
 La voz del corazón;
 Solemne, cuando en medio
 De situación horrible
 Enciende de la gloria
 La noble aspiración.

Los jóvenes que oían
 Las voces del anciano
 Sus impresiones pintan
 En la encendida faz:
 Ya involuntarios llevan
 Hasta el puñal la mano,
 Ya secan de sus ojos
 La lágrima fugáz.

El mira con orgullo
 Las rudas emociones
 Del corazón altivo
 De aquella juventud,
 Y astuto, lisonjeando
 Sus férvidas pasiones,
 Los lleva por la senda
 De gloria y de virtud.

De pronto arrebatado
 Se arroja de su asiento,
 Tirando la guitarra
 Con ímpetu tras sí, ...
 Su fuego no acompaña
 Tan débil instrumento,
 Su voz resuena sola
 Con noble frenesí:

“Hijos, ayer peleaba con denuedo
 “Por daros una pátria, un porvenir,
 “Anciano ya, si combatir no puedo,
 “Si no puedo vencer, sabré morir.

“Pesa otra vez sobre la frente nuestra,
 “Infamante señal de esclavitud,
 “Y puñales tenéis, y tenéis diestra,
 “Y rebosáis de vida y juventud.

“Es la victoria el premio de los bravos,
 “El poder lo probó del Español ...
 “La noche ahora nos oculta esclavos,
 “Mañana libres nos alumbró el Sol”.

Sobre el pajizo techo
 Retumba estrepitosa,
 Corriendo los espacios
 La ronca tempestad:
 Y al son de la tormenta,
 Solemne, majestuosa,
 Levántase de un rancho
 La voz de libertad.

III

La partida

Tras los campos dilatados
 Se descubren á lo lejos
 Los vacilantes reflejos
 De la aurora sonreír.
 Vánse viendo agigantados
 Los arbustos de la altura,
 Vá subiendo la llanura,
 Sus tesoros á lucir.

De las aves peregrinas
 Van cruzando las bandadas,
 Que parecen ahuyentadas
 Por el brillo de la luz,
 Y subiendo las colinas
 Paso á paso, silencioso,
 Camina como orgulloso
 De si mismo, el avestruz.

Silva el reptil, canta el ave,
 Las horas marcan los gallos,
 Resuena de los caballos
 El continuo relinchar.
 Sus voces en eco grave
 Uá repitiendo el desierto,
 Como quien no está bien cierto
 De su mismo despertar.

Al rededor de una casa
 Hay caballos ensillados,
 Y rumores de soldados
 Se oyen débiles sonar.
 A la luz del alba escasa
 Se ven grupos diferentes,
 Que en silencio, diligentes
 Se disponen á marchar.

Vano anhelo: de improviso
 Salen del rancho llorosas
 Las hermanas, las esposas
 De los que van á partir,
 Y ya entonces fué preciso
 Verter lágrimas por ellas,
 Que para las almas bellas
 No es vergonzoso gemir.

¡Qué placeres inefables
 En esos mismos tormentos,
 En esos presentimientos
 Nacidos de la pasión!

¡Momentos inolvidables
 De lágrimas y de besos
 De ternura en los excesos
 De la desesperación!

Con rostro altivo y severo
 Sólo un anciano no llora,
 Porque en su pecho devora
 La amargura del dolor.
 Hay un objeto primero,
 Una idea en él clavada,
 Su pátria tiranizada
 Por extranjero Señor.

Montad! Les dice imperioso,
 Y mudos todos quedaron,
 Avergonzadas dejaron
 Las lágrimas de correr.
 ¡Sufrir mintiendo reposo
 El dolor que las oprime!
 ¡Qué resignación sublime
 No le es dada á la mujer!

De pronto, como temiendo
 Que los detengan sus voces,
 Se precipitan veloces
 Ellos murmurando ¡Adiós!
 Mas del galope siguiendo
 Van las miradas sus giros,
 Mientras vuelan los suspiros,
 De los caballos en pós.

A las pupilas asoma
 La lágrima involuntaria,
 Al corazón la plegaria
 Del que deja lo que amó.
 Al fin trasponen la loma,
 Ellas se abrazan llorando,
 Y el Sol la frente mostrando
 Su dolor iluminó.

IV

La guerrilla

Atraviesan el campo lentamente
 Ordenadas hileras de soldados,
 Que en sus rostros marchitos y aterrados,
 Parecen las fatigas proclamar.
 Oíl interés no fascinó su mente
 Ni de la gloria los ensueños vanos,
 Que ese grupo de libres y de hermanos,
 Sólo anhela su pátria libertar.

Ayer no mas dejaron sus hogares
 A merced de los fieros opresores,
 Y vencidos á un tiempo ó vencedores
 En mil encuentros se miraron yá.
 Hermanos de alegrías y pesares
 Común siempre el peligro, una la gloria
 La libertad de todos, la victoria,
 Ó la muerte de todos sellará.

Esposas, hijos, bienestar dejaron
 De libertad en el primer destello,
 Que nada encierra el universo, bello,
 Para el que el peso de opresión sintió.
 Con sangre ya su senda señalaron,
 Con sangre ya sus nombres escribieron,
 Sangrientas sus espadas relucieron,
 Y el Sol de libertad aun no lució.

Por eso van sus frentes abatidas
 Sintiendo la fatiga y desaliento;
 No faltan bríos, no, falta el contento
 Del que vá su camino á terminar.
 Entre esas almas fuertemente unidas
 No podrá nunca germinar el miedo,
 Que altiva allí se vé de Figueredo
 La cabeza de canas descollar.

Trepando se descubre por la altura
 Considerable muchedumbre armada;
 Es imposible ya la retirada,
 Fuerza es vencer ó con valor morir.
 Vienen todos cubiertos de armadura,
 En caballos soberbios, descansados,
 Ellos están desnudos, fatigados ...
 Los primeros serán en combatir.

A galope tendido se arrojan,
 Levantado en el aire el acero,
 Sobre el fuerte escuadrón, que altanero
 De su número, el golpe esperó.

Al embate primer lo despojan
De los puntos que altivo guardaba,
Y bien pronto, de aquel que mofaba
El guerrero de allende tembló.

El instante pasó de sorpresa
Y con raudo furor se atropellan,
En los sables los sables se estrellan,
Al valor el valor contrastó.
El ginete velóz atraviesa,
El terror esparciendo y la muerte
Y en las puntas de un sable su suerte
Cada cual con espantó miró.

Se sucede, se irrita, se aumenta,
El combate doquiera indeciso,
Ya alcanzaban el triunfo ... improviso
Del anciano el caballo rodó.
Esa turba se arroja violenta,
Se apodera del mísero anciano
Porque el sable cayó de su mano,
Porque tiempo á pararse no dió.

À salvarlo sus hijos se lanzan,
La victoria entregando al contrario,
El salvarlo es objeto primario,
La victoria es inútil sin él.
Sus cansados aceros no alcanzan
La muralla á romper que se opone,
À cual más por salvarlo se expone,
À cual más le resiste cruel.

Más y más el contrario se concentra
La defensa tan solo sosteniendo,
La retirada solo pretendiendo,
Que bastante victoria consiguió.
Donde luce una espada, allí se encuentra
Un hijo que combate denodado
Procurando morir, si no le es dado,
Arrancar el laurel que conquistó.

Mas la noche destruye la esperanza
Ocultando traidora con su velo,
El bien, que por momentos á su anhelo
Conceder el destino pareció.
Ni sable miran, ni enemiga lanza
Donde estrellar el destrozado pecho
Sólo con su aflicción y su despecho
Ay! del que triste en horfandad quedó!

V

La prisión

En áspera reja la sien reclinada
La vista en el cielo clavaba un anciano,
Atentos los ojos, tendida la mano,
Parece que espera su suerte de allí.
Del mundo tirano no espera ya nada,
Que al peso del tiempo su frente ya cede,
Y el mundo promete tan solo al que puede
Servir de placeres á su frenesí.

La noche era entrada, serena la luna
 Sus rayos vibraba de en medio del cielo,
 Confusos objetos cubrían el suelo
 Cubiertos á medias de blanco vapor.
 De un tiempo pasado, memoria importuna
 Imágenes bellas trayendo á la mente,
 Hacía más duro su estado presente,
 Y astuta halagando, lo daba al dolor.

¿Dó están esos días que en potro ligero
 Cruzaba los campos sin un pensamiento,
 Confiando á los aires el vago lamento
 Del jóven ardiente que á amar no llegó?
 Dó están los delirios del beso primero,
 De goce inefable misterios del alma,
 Dó están esas horas de amor y de calma
 Que junto á su esposa felices pasó!

¿Dó están esos hijos, que siempre á su lado
 Gozaron sus dichas, sufrieron sus penas,
 Que oyendo sus cantos en noches serenas
 La luna que brilla contentos miró?

¿Dó están esos hijos que al grito sagrado
 De pátria corrieron al campo ligeros,
 En sangre tiñendo los fuertes aceros,
 Que al pecho enemigo su voz dirigió?

¿Dó están ... ay! ni solo quedaron vestigios
 De tantos momentos de amor y ventura,
 En vez de esos brazos, tan fría, tan dura,
 No más una reja se ofrece á su sien.

No hiele su mente: los gratos prestigios
 De tantos recuerdos conserve siquiera,
 Y endulce su vida la bella quimera
 De ver esos tiempos de paz y de bien.

Acaso mañana, procuren sus ojos
 En vano la pátria que tanto ha querido;
 Cual vago recuerdo de un sueño mentido
 La pátria, mañana será para él.
 Mañana, partiendo, verá los despojos,
 De un pueblo que otrora su pueblo llamara,
 La suerte bendiga, quizás, que depara
 No mire su oprobio, no apure su hiel.

VI

El extranjero

Triste es buscar en vano con los ojos
 Un lugar de recuerdos á la vida,
 Demandando siquiera los despojos
 De una edad bella, en ilusión perdida.

Triste, si ansiando un aura de consuelo,
 Siente pesado el aire que respira,
 Si levantando la mirada al cielo,
 Extraña luz iluminar le mira.

No encontrar en la noche silenciosa
Un eco que responda á su quebranto,
Idolatrar sus hijos y su esposa
Y ser la causa de su amargo llanto.

Triste! muy triste, sí, ser extranjero,
Triste la pátria abandonar de anciano
Cuando se piensa que será el postrero
El mudo adiós que dirigió la mano.

Pero, más triste aún, bárbaro, horrible,
Arrastrar en el pié dura cadena
Que de la mar al ímpetu terrible
Aspira, lenta, compasada suena:

Mirar el mundo de placer colmado,
Desde el rincón de una prisión flotante,
Con los recuerdos, de su bien pasado,
Sin un ensueño que el futuro encante.

Llevó la suerte al infeliz anciano
Á contemplar un pueblo que aborrece,
Desde la mar que á libertarlo en vano
Contra su débil cárcel se enfurece.

Muros y torres y palacios mira,
Diques del aire que un momento duran,
Padrones del orgullo que delira,
Donde los vientos destrucción murmuran.

No halla una imágen de la tierra amada,
Para adormir la agitación del alma,
Ni río vé, ni arroyo, ni cañada,
Sauce, ni ombú, ni sarandí, ni palma.

Ni silencioso el avestruz camina
Exhalando su lánguido gemido,
Ni el yajá las tormentas vaticina,
Del viento por la ráfaga mecido.

Nada... ni al menos en el tiempo alcanza
La libertad, imán del pensamiento
Que destruyen los años la esperanza
Del infortunio con el frío aliento.

Nada... mas alza su cabeza cana
El noble orgullo que le dan sus glorias,
Porque su nombre vivirá mañana,
De una nación unido á las memorias.

Bella es la vida, el infortunio es bello
Que arrulla el pensamiento con la gloria.
Bello el morir, para alcanzar por ello
Labrarnos una página en la historia.

No velará solícito su lecho
Hijo ninguno, ni afligida esposa,
Ni el sollozar escuchará de un pecho
Ni el ruido de plegaria fervorosa!

Lágrima alguna en su cabeza cana
No depondrá el amor ni la amistad,
Pero su nombre sonará mañana
En los cantos de pátria y libertad.

Montevideo, Diciembre de 1841.

